

Nos presenta en este sugerente libro, en el inicio, el debate histórico, las dificultades que surgieron desde el principio cuando la razón griega del mundo helénico se enfrenta, incluso de forma vigorosa, a la tradición bíblica. En la propia realización teológica se presentará esta dualidad interpretativa. En un inicio podemos ver el rigor paulino y la mística joánica, las diferentes respuestas de Justino y Tertuliano al hecho de la razón y la circularidad y retroalimentación que Agustín realizará y a la que se volverá desde la racionalidad poskantiana en paralelo a la discusión que Tomás de Aquino articulará desde la dualidad natural-sobrenatural. En un recorrido histórico el autor muestra cómo la dualidad de pensamiento y revelación provoca que la filosofía se vea proyectada a la cuestión de la alteridad desde la presencia de la revelación. A esta lectura histórica y de consecuencias de diálogo con el Otro volverá en el último capítulo exponiendo un carácter más existencial (el autor es especialista entre otros en E. Levinas). Entre medias el autor señala el rol clarificador desde la inteligibilidad interna que desarrolla la teología (fundamental) y, con una perspectiva positiva para el lector hispano, pero frecuente más allá de nuestro horizonte, señala el papel que el fenómeno cristiano representa para la filosofía que reconoce en él un “lugar importante, sino decisivo, de reflexión razonable”.

La dualidad interpretativa al seno de la propia religión y en el interior de la propia reflexión se abren paso a una discusión de complementariedad y de confrontación. Por una parte, el hombre de fe se abre a la “racionalidad discursiva” que le presenta la filosofía y por otra parte el filósofo puede abrirse a la comprensión del lenguaje y del significado simbólico que le proporciona la fe de modo que pueda clarificar el lenguaje existencial humano.

En fin, nos encontramos ante un libro bien elaborado, fundamentado y escrito que muestra al lector, especialmente al sufrido lector español, la riqueza de un pensamiento sin complejos que es el que sabe afrontar de forma enriquecida la diferencia y donde confrontar el pensamiento no supone en sí una confrontación (ideológica).

Consejo de Redacción

Juan José TAMAYO, *Religión, razón y esperanza. El pensamiento de Ernst Bloch*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2015, 22 x 15cm, 325 pp., ISBN: 978-84-16062-43-0.

Si tuviéramos que concretar en una serie de conceptos la biografía intelectual del profesor Juan José Tamayo en ese listado no podrían faltar términos como “utopía”, “emancipación”, “heterodoxia” o “esperanza”. Todos ellos recorren sus investigaciones y, por supuesto, su compromiso personal. Porque debemos subrayar como el autor de *La teología de la liberación en el nuevo escenario político y religioso* (Tirant lo Blanch, 2011), es uno de esos pocos universitarios que responden con creces al modelo de “intelectual” que hoy pasa por horas tan bajas. En él hay una íntima conexión entre biografía personal e intelectual, entre reflexión y compromiso, además de una más que rotunda voluntad de ser no solo una cabeza pensante sino también un agente de cambio social. Es decir, Juan José Tamayo es de lo que no se instalan cómodamente en la realidad sino que se preguntan cómo debe ser y buscan su transformación. En este sentido, no cabe duda de que sus reflexiones tienden en la mayoría de las ocasiones a desestabilizar el orden y despertar a los domesticados. No me cabe la menor duda de la influencia que

el filósofo alemán Ernst Bloch (1885-1977) ha tenido en la consolidación de ese perfil. Para los que hemos conocido a Bloch gracias a Tamayo, sabiendo además de las ocupaciones y preocupaciones intelectuales del Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones “Ignacio Ellacuría” de la Universidad Carlos III de Madrid, es fácil descubrir cuánto el primero ha aportado al segundo y, sobre todo, cuántos itinerarios abiertos por el alemán continúan ahora siendo recorridos por el palentino (No en vano la obra que constituye, a mi parecer, una suerte de “biografía intelectual” de Juan José Tamayo –*50 intelectuales para una conciencia crítica*, Fragmenta, 2013– se inicia precisamente con el perfil de Bloch).

Tamayo publicó en 1992 la que en su momento se consideró como uno de los estudios más completos en lengua castellana sobre el pensamiento de Bloch. Ahora, más de 20 años después, el libro se recupera en una segunda edición, coincidiendo con lo que en la última década podríamos considerar una “resurrección” del pensador alemán. No creo que sea casual la recuperación de este heterodoxo del siglo XX, que llegó a ser calificado incluso como “héroe luciferino” (Scheller), en un momento en el que la dura realidad nos obliga más que nunca a recuperar el sentido auténtico de la utopía. Es éste uno de los ejes centrales del pensamiento de Juan José Tamayo – recordemos su *Invitación a la utopía*, publicado por Trotta en 2012 –, el cual no ha dejado de insistir en subrayar el carácter inconformista, subversivo y transformador de la utopía. De ahí, precisamente, que haya sido desacreditada por muchos e incluso “desterrada”. En unos momentos históricos en el que tantos movimientos sociales luchan por “otro mundo posible” se plantea sin embargo como más necesaria que nunca la reivindicación del carácter emancipador que tiene la utopía entendida como fuerza dinámica de la historia (En este sentido, no hay que olvidar que *El principio esperanza* de Bloch se ha llegado a calificar de “catedral laica de la esperanza”, “*summa* filosófica de la utopía” y “enciclopedia de las utopías”. Tamayo, Juan J., *Cincuenta intelectuales para una conciencia crítica*, cit., p. 32).

Por otra parte, el debate actual en torno al papel de las religiones en el espacio público, la necesidad de replantear los ideales ilustrados y de posibilitar un encuentro ético entre las distintas cosmovisiones son argumentos más que suficientes para revisar la obra del que ha sido uno de los autores que con mayor rigor histórico y profundidad ha estudiado las relaciones entre ética y religión. No hay que olvidar que, como bien nos apunta Tamayo, Bloch fue uno de los mayores críticos con la actitud tan banal con que la Ilustración se acercó a las religiones, de manera que no fue capaz de apreciar la fuerza subversiva que el alemán encuentra en “la Biblia de los pobres”.

El libro empieza por un recorrido por el itinerario intelectual de Bloch y por las principales influencias de su pensamiento en el que queda claro que su marxismo no respondió a la ortodoxia sino que se trató de un pensamiento mucho más libre, el propio de una “filosofía de la esperanza”. Frente al descrédito que la utopía habría sufrido en el marxismo ortodoxo, Bloch la revitaliza, distinguiendo entre utopía abstracta y concreta. El alemán concibe la verdad como utopía, pero no como una posibilidad abstracta, sino como fuerza, como un pensamiento que se orienta hacia el futuro y que parte de la unidad dialéctica entre teoría y praxis.

La esperanza constituye el nervio de la antropología blochiana y la base de toda su filosofía. Un principio que se caracteriza por la permanente tensión y que no supone

una huida de la realidad. No se trata pues de una esperanza ciega, sino que está ligada a un ser humano caracterizado por tener afectos de dos tipos: los *satisfechos* y los de *la espera*. Estos segundos son los utópicos y, entre ellos, la esperanza es el afecto de espera más importante, “el afecto del anhelo y, por tanto, del yo”. La esperanza de Bloch está siempre orientada a la acción, es una suerte de “razón utópica capaz de orientar la acción humana” (Juan J. Tamayo, *Cincuenta intelectuales para una conciencia crítica*, cit., p. 27.).

Todo ello nos sitúa ante el empeño de Bloch por elaborar una filosofía posmetafísica, que él mismo define como *ontología del no-ser todavía*, y en la que en varias ocasiones aparece el *arco utopía-materia*. Por un lado, la materia impide que la utopía caiga en lo abstracto. Por otro, la utopía proporciona a la materia un horizonte de futuro que permite trascender lo dado. De esta manera, la materia aparece como un lugar de posibilidades.

Uno de los aspectos más interesantes del pensamiento blochiano es su crítica de la religión, mediante la que se propone construir una meta-religión en la que la escatología judeo-cristiana juega un papel central. La búsqueda del elemento utópico de la religión la inició en 1921 con la obra sobre el líder de la revolución de los campesinos, Thomas Müntzer; continuó en los capítulos 36 y 53 de *El principio esperanza* y la culminaría con *El ateísmo en el cristianismo*, obra en la que descubre el horizonte utópico-revolucionario de la Biblia. Tamayo realiza un recorrido por la crítica que el pensador alemán realiza de la religión, la cual se inscribe en la tradición de Feuerbach y Marx, y concluye que la misma no conduce al simple ateísmo sino a un ateísmo positivo. Recordemos su célebre aforismo: “Lo mejor de la religión es que crea herejes”. Su tesis central es que lo más positivo de la religión, y especialmente la judeo-cristiana, es su orientación hacia el futuro. Y ve en esa religión la fuente de la esperanza y en la Biblia la verdadera reserva de la conciencia escatológica. De lo que se trata es, y aquí descubrimos la conexión más evidente con el compromiso intelectual de Tamayo, de heredar dialécticamente las tendencias emancipadoras y utópico-revolucionarias de la tradición judeo-cristiana. Por otra parte, Bloch subraya que el elemento positivo de todos los ateísmos consiste en que, con la negación de un Dios real en su trono, desaparece el temor hacia él y en consecuencia puede acabar el despotismo. No estamos por tanto ante el anticlericalismo liberal, sino ante un ateísmo que tiene como faro la total realización del ser humano y que se apoya en la dimensión utópica inherente al mismo.

Tras su análisis de las diferentes religiones, Bloch privilegia la judeo-cristiana porque entiende que es la que mejor ha realizado la superación de la misma religión y su esencia de esperanza total. El filósofo alemán se acerca a la Biblia con los ojos del *Manifiesto comunista* y con una actitud que él mismo califica como “detectivesca”. Como señala Tamayo, su hermenéutica es una hermenéutica de la sospecha, que le lleva a concluir que de las dos tradiciones, la popular y la sacerdotal, es la primera donde se recoge la Biblia más genuina. El principio que le sirve de guía a Bloch en esta lectura del texto sagrado es el de la “desteocratización”, es decir, el consistente en la liberación de su impostación teocrática y de su cobertura heterónoma, que son los rasgos introducidos por la tradición sacerdotal.

Desde esta posición, Bloch estudia algunas figuras y textos bíblicos para extraer los contenidos desteocratizadores, rebeldes y utópico-escatológicos. Tamayo analiza en

el libro algunas de las imágenes veterotestamentarias que el autor de *El principio esperanza* considera portadoras de utopías, tales como el prometeico “seréis como Dios”, el éxodo como rebelión colectiva y revelación del Dios de la esperanza, el profetismo bíblico, el personaje de Job o el mesianismo bíblico.

Todo ese proceso desteocratizador culmina en la figura de Jesús de Nazaret, del que Bloch subraya su carácter mesiánico y su componente escatológico-político subversivo. Un Jesús que como “Hijo del hombre” contiene los motivos de la esperanza utópica en su más pura esencia. Un Jesús que muere en la cruz por haber propuesto un mensaje que chocaba radicalmente con los intereses de los poderosos y con el mesianismo judío tradicional.

Además del carácter utópico-escatológico del cristianismo en los textos bíblicos, Bloch analiza también las diferentes corrientes apocalípticas que se suceden en la historia del cristianismo, así como el deterioro de la escatología cristiana. A ello dedica Juan José Tamayo otro capítulo del libro en el que se ocupa de dos cuestiones centrales: la perversión de la escatología y el hijo rojo de la esperanza revolucionaria que apareció con fuerza en determinados momentos de la historia de la Iglesia.

El siguiente capítulo está dedicado al pensamiento de Thomas Müntzer, el caudillo anabaptista de la guerra de los campesinos del primer cuarto del siglo XVI, y que atrajo muy pronto la atención de Bloch. Tamayo realiza una síntesis de algunas de las interpretaciones más relevantes en torno al teólogo anabaptista para desembocar en el análisis de la obra de Bloch *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*. En ella el filósofo alemán presenta una imagen de Müntzer en la que se armonizan mística y revolución, es decir, su lectura es el resultado de la nueva hermenéutica bíblica que lleva directamente a oponerse al poder de los príncipes y señores.

El volumen se completa con un capítulo dedicado a un tema que ocupó un lugar relevante en la vasta obra de Bloch, la muerte como anti-utopía, y con otro dedicado a su influencia en la recuperación del horizonte escatológico en la teología de la esperanza. Finalmente Juan José Tamayo aporta unas lúcidas conclusiones en las que no falta la valoración crítica que, por otra parte, está presente en todas las páginas previas. Destaca el teólogo español como Bloch es uno de los pensadores más controvertidos y complejos del siglo XX, sobre todo por su actitud ante la religión y la pluralidad de tradiciones filosóficas y religiosas que se dan cita en él. Si bien es uno de los pocos marxistas críticos que ha osado elaborar una dialéctica de la naturaleza, no faltan autores como Habermas o Damus que lo cuestionan, poniendo de relieve por ejemplo como en la filosofía de la utopía de Bloch falta un análisis de la sociedad capitalista y de sus relaciones económicas.

Tamayo subraya como la concepción de la religión en el pensador alemán comporta una ruptura con el marxismo ortodoxo, al reconocer en ella una raíz indestructible y heredable por el marxismo. El filósofo de la esperanza descubre en el judeo-cristianismo el grado más elevado de perfección a que puede llegar la religión. Además realiza una lectura herético-utópica de la Biblia cuyo corazón “se resume en el mesianismo y en la Biblia de los pobres”. De ahí su oposición a un Dios creador que es expresión de una mitología que implica jerarquía y poder. El momento cumbre del proceso desteocratizador que propone Bloch se sitúa en Jesús de Nazaret, que destrona a Dios y se coloca en su lugar. Sin embargo, Tamayo objeta a Bloch algo que no parece admitir duda: que el

Dios bíblico es un Dios personal que actúa en la historia, pero también la trasciende. “Y precisamente en el Dios del éxodo, de los profetas y de Jesús como ser personal distinto del mundo y del ser humano se encuentra la raíz y el fundamento de la esperanza”.

Tras la lectura de este jugoso volumen, no cabe ninguna duda del enorme papel jugado por Bloch en la recuperación del horizonte escatológico en la teología y más concretamente en la teología de la esperanza. Gracias a su influencia, concluye Tamayo, “la esperanza se convierte en principio teológico, categoría fundamental y horizonte de toda teología”. Un principio que acaba siendo, si me lo permiten los teólogos, también político, en cuanto que supone grito de emancipación, protesta ante las injusticias o, como diría el filósofo Carlos París, al que junto al teólogo Casiano Floristán el autor dedica el libro, llamada a no quedarnos contemplando el mundo sino a contribuir a su radical transformación.

Octavio Salazar Benítez